

## ENREDADOS EN EL BOSQUE

Vicente Luis MORA, *El sujeto boscoso. Tipologías subjetivas de la poesía española contemporánea entre el espejo y la notredad (1978-2015)*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2016, 382 pp.

La bibliografía científica en estos últimos años se ha visto enriquecida con algunos trabajos que han afrontado el análisis de la poesía contemporánea en español sin los prejuicios y la estrechez de miras a que nos tiene acostumbrados la crítica literaria de más autorizado abolengo filológico; se trata de trabajos que han leído la poesía a la luz de los principales itinerarios teóricos, filosóficos y culturales que se han sucedido en el escenario internacional desde los albores de la modernidad. Pienso en textos como *Logofagias. Los trazos del silencio*, de Túa Blesa (Zaragoza, Anexos de Tropelías, 1998); *Resistir. Insistencias sobre el presente poético*, de Eduardo Milán (México, D. F., FCE, 2004), *Poesía en pie de paz. Modos del compromiso hacia el tercer milenio*, de Luis Bagué (Valencia, Pre-Textos, 2006), *La destrucción de la forma (y otros escritos sobre poesía y conflicto)*, de Antonio Méndez Rubio (Madrid, Biblioteca Nueva, 2008), *El poema envenenado. Tentativas sobre estética y poética*, de Alberto Santamaría (Valencia, Pre-Textos, 2008), *El compromiso después del compromiso. Poesía, democracia y globalización (poéticas 1980-2005)*, de Araceli Iravedra (Madrid, UNED, 2010), *La medida de lo posible. Fórmulas del nuevo realismo en la poesía española contemporánea 1990-2009*, de Ignacio Escuin Borao (Valladolid, Universidad de Valladolid, 2013). En esta línea, *El sujeto boscoso. Tipologías subjetivas de la poesía española contemporánea entre el espejo y la notredad (1978-2015)*, de Vicente Luis Mora, supone un eslabón importante en esa cadena crítica y se presenta como un complemento de su anterior ensayo *La literatura egódica. El sujeto narrativo a través del espejo* (Valladolid, Universidad de Valladolid, 2013). Como es sabido, Vicente Luis Mora (Córdoba, 1970) es novelista (*Alba Cromm*, 2010), poeta (*Construcción*, 2005; *Tiempo*, 2009)—, editor y antólogo de poesía (*La cuarta persona del plural*, 2016) y ensayista de amplio vuelo y largo alcance (*Pasadizos. Espacios simbólicos entre arte y literatura*, 2008; *El lectoespectador*, 2012). Desarrolla su labor crítica en [vicenteluismora.blogspot.com.es](http://vicenteluismora.blogspot.com.es).

Con un sólido y exhaustivo conocimiento de su ámbito de estudio, y con el manejo de una copiosa bibliografía poética y crítica, V. L. Mora lleva a cabo en *El sujeto boscoso. Tipologías subjetivas de la poesía española contemporánea entre el espejo y la notredad (1978-2015)* un pormenorizado y riguroso análisis de las diferentes tipologías con que se presenta el sujeto en la poesía en español del periodo contemplado. Al margen de los motivos y asuntos tratados, este volumen patentiza una línea de exploración abierta en entregas anteriores del mismo autor y, más allá de los contenidos visitados en el ensayo que aquí se reseña, puede apreciarse que nos encontramos ante una lectura *singular* de la poesía actual —en la que Mora encuentra dos grandes itinerarios, una “poesía de la indagación” y otra “poesía de la recepción”, sintagmas que, como él mismo demanda, “hay que entender con laxitud” (p. 22)— aunque muchos de sus argumentos tengan un alcance y unas implicaciones mucho más generales.

Como se señala en las primeras páginas del trabajo: “nos proponemos completar el estudio del sujeto presente en la literatura española de los últimos decenios mediante una larga exploración tipológica de las formas de la subjetividad disuelta en la poesía actual” (p. 16). Se trata, sin duda, de un objetivo ambicioso y en gran medida alcanzado. A partir de la convicción de que la identidad centra lo literario en cualquiera de sus formas, géneros y registros, se analiza aquí (a la luz del concepto de “tensión inherente” acuñado por Slavoj Žižek en *Visión de paralaje*) la representación de las diferentes tipologías de una categoría, la identidad, que no ha dejado de permanecer en crisis a lo largo de la historia de la humanidad, aunque haya sido desde los inicios de la modernidad cuando su estatuto más intensamente se haya puesto en cuestión; en este sentido, la célebre afirmación de Rimbaud que podemos leer en carta a Paul Demeny del 15 de mayo de 1871 —“Je est un autre”—, con la que dio un nuevo y definitivo giro de tuerca a otras frases similares anteriores —Keats: “Un poeta es la menos poética de las cosas existentes, porque no tiene identidad”; Hugo: “Era ciertamente a sí mismo a quien hablaba, pero él mismo era otro”; Nerval: “Je suis l’autre”—, abrió una grieta en la línea de flotación del estatuto identitario, supuso una ampliación del horizonte psicosocial, un adentramiento en el escenario de la alteridad y la diferencia e inauguró un itinerario transitado posteriormente por el psicoanálisis, que vino a mostrar que toda identidad responde a una compleja construcción cultural: un sujeto es quien es por aquello que le distingue de los demás, esto es, su identidad se desprende de su otredad; pero, sin negar lo anterior, también podríamos afirmar desde una perspectiva socializadora y comunitaria que un sujeto es quien es por aquello que es capaz de construir con los demás y, en ese sentido, su identidad se define a partir de la acción colectiva.

Con un amplio bagaje de lecturas, Mora rastrea las diferentes derivas ontológicas de la subjetividad contemporánea y arranca su análisis desde la convicción de que esa puesta en crisis del

sujeto, caracterizada por una integridad debilitada por la falta de seguridad y confianza que deja al sujeto expuesto a la perplejidad de la incertidumbre, es un rasgo característico de la literatura universal, y son las huellas de ese rasgo las que rastrea en la poesía de estas últimas décadas, focalizando su mirada en los diferentes modos con los que el sujeto se constituye (multiplicándose, a veces) o se disuelve, aproximándose a la ausencia o desintegrándose en la *notredad*, uno de los conceptos fuertes del ensayo y que designa la búsqueda de “un espacio de mayor apertura” (p. 294) . Todo ello con el objetivo de ahondar en la exploración de un *sujeto boscoso*, un sujeto que no es un árbol solo sino la suma de todos ellos, el bosque entero. Como es sabido, la identidad individual, concebida en torno a un sujeto autónomo, racional y autodeterminado, no ha dejado de recibir ataques desde teorías críticas y paradigmas sociales, artísticos y culturales tan dispares como el marxismo (en sus diferentes versiones), la poesía simbolista, el psicoanálisis freudiano (y, posteriormente, lacaniano), las vanguardias históricas, las diversas corrientes posestructuralistas y la crítica poscolonial (sobre todo desde los estudios subalternos y el pensamiento feminista), que han insistido, con sus diferentes lenguajes, en la aparición de un sujeto cuarteado y desubicado, condicionado a la luz tanto de sus particulares circunstancias sociohistóricas como de la estructura gramatical del lenguaje que lo atraviesa; de este modo, la capacidad de muchos de esos paradigmas para descentrar cualquier discurso monológico y deshacer toda lógica binaria, unida a una considerable dimensión política, ha abonado los discursos sobre la diferencia. En este punto, cabría preguntarse (cuestión esta que rebasa ampliamente el alcance del ensayo que aquí se reseña) si esos discursos han contribuido realmente a acortar las desigualdades entre clases sociales, géneros, razas y colectivos culturales diferentes. Estos planteamientos han derivado con frecuencia hacia la constitución de identidades culturales inestables, errantes, en construcción, caracterizadas por su propio dinamismo, y es en ellos donde se ha producido parte de la más potente e incisiva teoría crítica sobre la identidad en estas últimas décadas.

En términos generales, es sabido que la poesía contemporánea —en español, desde luego, aunque me temo que en otras lenguas podríamos ofrecer diagnósticos muy parecidos— ha dado la espalda a esa modernidad que hizo del análisis y la ruptura modos habituales de conducta, una modernidad que, asentada sobre la inestabilidad de la incertidumbre permanente, nunca aceptó el *statu quo* imperante ni dejó de ejercer la crítica; en ese sentido, una gran parte de la poesía actual ha renunciado a esa actividad transformadora que consiste en una labor de erosión de los límites lingüísticos y de transgresión de las categorías conceptuales con que normalmente representamos y valoramos la realidad, y esto vale, en mi opinión, tanto para esa poesía de amplia circulación social sancionada por el *buen gusto* como para esa otra que, impulsada por un determinado aliento crítico, se manifiesta con unos registros expresivos

demasiado evidentes y plausibles, presentándose como el tipo de poesía más extendido y celebrado en nuestro tiempo, ese que se muestra heredero de lo que en su día fue la poesía social y, luego, la mal llamada *poesía de la experiencia*, una poesía que disfruta de una gran aceptación por parte de la crítica y el público lector y que, al mismo tiempo, muestra una considerable debilidad teórica y un sesgo ideológico bastante reaccionario (pp. 212 y ss.). En mi opinión, se trata de una poesía que juega con las cartas marcadas, que apuesta a lector ganador o, por decirlo de otra manera, que se sirve de palabras gastadas, una poesía *regulada*, dirigida a un “receptor cautivo” (bloqueado mentalmente, incapacitado para pensar, ya formado, conformado, y a quien se ofrece un producto que responde a la medida de un *horizonte de expectativas* limitado), concebida sin perturbación y sin capacidad para desestabilizar, una poesía que, *ajustada* a estas características, tiene asegurada su circulación social, su visibilidad, de ahí que gran parte de la poesía actual, al optar por un *estilo* inofensivo y domesticado, haya renunciado a ese abono crítico que es consustancial a algunas, muy pocas, propuestas de este tiempo. En estas circunstancias, parte de la poesía actual —presa de la autosatisfacción y el ensimismamiento y reacia a que el poema cumpla una función desalienante— presenta un considerable déficit de pensamiento y, así, se muestra huidiza ante una teoría que puede abrir la puerta al desmantelamiento de algunas de las bases poéticas, culturales e ideológicas más arraigadas. En fin, esta parece ser una actitud compartida por muchos poetas del presente. A este respecto, se hace imprescindible una reflexión crítica entendida como un elemento constitutivo esencial de la escritura poética, hasta el punto de que el poema emerja como una entidad plenamente consciente de sí misma, de su propia entereza, cimentada acaso sobre su misma fragilidad, en sintonía con esa tradición de la modernidad que se centró más en plantear interrogantes que en formular respuestas que estrechen el horizonte de sentidos en el que contemplamos cualquier realidad. En esas circunstancias, cierta poesía puede funcionar, como demandaba Deleuze, como una factoría de preguntas.

Como muestra el trabajo de V. L. Mora, en la poesía contemporánea asistimos con frecuencia a procesos más o menos extremos de vaciamiento de la identidad en los que se ponen en juego —con el riesgo, claro, de perderlos— valores y conceptos ligados a la propia mismidad, procesos que suponen un evidente intento de transgresión de los límites impuestos por una razón lógica y discursiva demasiado estrecha, ligada a menudo a la noción de subjetividad; son los casos de esos escritores que desde muy diferentes tradiciones culturales y al calor de diversas poéticas han desarrollado proyectos encaminados a situar al ser humano, como apuntaba Juarroz, “en su absoluto despojamiento”, consistentes en la liberación de lastre identitario, convencidos de que ese lastre supone siempre una dificultad añadida en el intento de pensar e imaginar el mundo de otra manera, proyectos que responderían muy bien a la declaración del propio Juarroz: “La poesía es mi *identidad*”. Salir de uno mismo, airearse, dar una vuelta

por el ancho y diverso escenario del mundo, dejar de pensar que nuestra anécdota tiene una validez o una autoridad general, reconocer en igualdad de condiciones al nuestro la capacidad de otros lenguajes para nombrar la realidad, situarse en el lugar del otro, etc., con la certeza, como defendía el autor de *Poesía vertical*, de que “el revés es la zona / donde se encuentra todo lo perdido”, son acciones imprescindibles y urgentes en el objetivo de alcanzar un mundo más sano y habitable, acciones que trabajan para dar una mayor presencia a la *otredad*, entendida como ese inmenso campo abonado de silencio que se encuentra al otro lado de nuestros límites. Esos procesos conllevan una pérdida inherente y, al mismo tiempo, una aproximación hacia el espacio de la otredad, un lugar propicio para desarrollar los planteamientos de Baudelaire de una poética de la extrañeza, la extravagancia y el capricho, ver en la poesía —como quería Rimbaud— un acto de indagación en lo desconocido y de desajuste de los sentidos, extraordinariamente enigmático, encontrar, como sugería Artaud, en determinadas producciones *aliterarias* del pensamiento valores literarios, es decir, reales, ahondar en ese territorio exterior al arte, situado *en otra parte*, en el que Celan localizaba la poesía, en fin, constituir un buen banco de pruebas para mostrar los continuos desarreglos que se producen entre la realidad y el lenguaje, entre el mundo y su representación.

La poesía, entendida como ese “cuerpo extraño” que algunos organismos segregan, alude asimismo a “la extrañeza que a veces causa lo más propio, lo más vivo e innegociable de uno mismo”, como sugiere Olvido García Valdés en uno de sus poemas, colocando a quien la practica en una situación de *anómala normalidad*. En esas circunstancias, la poesía resulta idónea para *cuestionar* tópicos y motivos relacionados con la *construcción* de la identidad y, de paso, ahondar tanto en los intersticios de la *propia extrañeza* como en las fisuras de la *otra familiaridad*, una extrañeza que acaba resultándonos próxima y natural, una familiaridad que se torna muchas veces incomprensiblemente rara y anómala, tal como se lee en el poema que abre *Destrucción de la mañana*, de José María Fonollosa (otro poeta citado en el ensayo): “Sólo está frente a mí, con ceño adusto, / ese desconocido inesperado / que me mira con ojos que son míos”. En todo caso, se trata de cuestiones más o menos habituales en la poesía contemporánea desde que Nerval y Rimbaud, entre otros, abrieran grietas en el estatuto identitario, rendijas por las que se adentra con generosidad y conocimiento Vicente Luis Mora en este concienzudo y revelador trabajo desarrollado sobre la ebriedad y la pluralidad de un mundo que permanece ahí, oculto, a la espera de ser descubierto por unas imágenes enterradas bajo la superficie, donde la voz poética difícilmente puede valorarse como la proyección de un sujeto, no responde a una identidad subjetiva fuerte, compacta y homogénea, es más bien el reflejo de una identidad difuminada, compartida, diseminada, la identidad no tanto de un individuo contemplado de manera aislada como de un tú y yo, un

entre todos, un nosotros más ellos, una identidad escindida y/o multiplicada que crece conforme avanza junto al otro.

Alfredo SALDAÑA  
Universidad de Zaragoza  
asaldana@unizar.es

TROPELIAS